

LA TIA ANTONIA

Evodio Escalante B./Universidad Juárez de Durango

A la tía no le quitaba el sueño este tipo de situaciones. Menos aún ahora que había pasado a habitar el reino de la gran, la absoluta quietud. Puedo dar fe, incluso, que parecían ser sus horas más difíciles las que paradójicamente le inducían la más serena serenidad, la más victoriosa de las calmas, como si honradamente pensase que tal conducción de la voluntad constituyera la mejor forma de capear los temporales de la vida. Y, de verdad, esto resultaba particularmente notorio en una persona madrugadora y hacendosa como la tía, nerviosa ya de por sí, que se levantaba a las cinco de la mañana y no rendía hasta la media noche; cuélele por aquí, cuélele por allá, en todas partes, cuélele, atravesando los poros del día tan diligente, tan ocupadamente, que no parecía haber nacido de una madre tripona y resignada, sino el vientre insípido del quehacer, que quizá no lo era tanto para ella, pues debe saberse que se aventaba sus ocho, sus nueve y hasta sus doce horas diarias lavando y tendiendo y planchando los kilos ajenos de ropa sucia, y que, aún así, se daba ánimos para estar plática y plática, infatigablemente; que de cuando hizo la primera comunión y se puso el único vestido blanco de toda su vida, prestado por cierto; que de cuando los árboles y los postes de luz solían madurar en un instante con un fruto humano de colgados; que del pretendiente ese muy bragado que cuando se la quiso robar se quedó con el rostro lívido y tres agujeros en el bote del pecho, todo esto diciendo y salpicándolo con un particular humorismo que haría pensar a cualquiera que, de verdad, a pesar de lo agotadora que pudiera antojarse la faena, la tía poseía ese cada vez más escaso don de hallar interesantes todas las situaciones de la vida.

De no ser porque las más elementales necesidades físicas de hambre y de pesos se manifestaban tan a menudo y tan punzantemente en esa casa, sobre todo cuando se cumplía el mes y el casero llegaba personalmente con su vozalón y sus palabrotas no domingueras, tratando de intimidarle, como si se le estuviera pidiendo papa gratis cuando bien que se le pagaba y no precisamente con tepuzque, sino con dinero contante y sonante, por más que, como es natural, a veces hubiera retrasos involuntarios, aunque por supuesto la tía se encargaba de hacerle el debido recordatorio de que no era por ganas ni por falta de honestidad, sino por pura falta de dinero, y le argumentaba con un énfasis y con una labia que “mejor párele de contar”, le decía el casero, aparentemente convencido de que debía esperar otros diez días más y entonces la tía lo despedía con una sonrisa que trataba de ser el mundo de agradecimiento, el mundo, pero que era sencillamente un gesto de hipocresía, tal y como, porque aún antes de cerrar la puerta bien a bien la tía se había soltado ya diciendo cosas encabritadas, al punto de llegar a manifestarle tal odio a ese señor mal encarado de carnes adiposas, que solía decir no le rogaba a Dios por su muerte sólo por ser pecado de mandamiento, pero que sería capaz de ir a una fiesta nada más del gusto y bailar, con todas sus letras, a su edad y acompañada de esas piernas peludas y zambas de araña de monte que no podía con ellas, siempre que hubiera un valiente que la sacara a la

pista, claro; pero lo importante es que decía que era capaz de arreglarse cuidadosamente como lo hacía en sus años de noviera, y de aventarse a un baile, sola y su alma, que para sus pulgas que le duraba, siempre que se hubieran cumplido sus deseos y al fulano ese se le enfriara el trasero.

Total, de no ser porque una ardiente necesidad de engañar el estómago solía golpear a veces con tanta insistencia sus enflaquecidos órganos digestivos, hasta podría asegurar que tal manera de quebrarse el espinazo era sólo un pretexto de la tía Antonia para darle vuelo y festines a su lengua húmeda de perico. Podría asegurarlo porque incluso esos días que el trabajo escaseaba, y consiguientemente había largos ratos propios para el descanso y la meditación, la tía, que no soportaba ninguna de las dos cosas, tenía la ocurrencia del más simple quehacer y a punta de una escoba y un trapeador y el agua suficiente, se ponía a lavar los pisos de la casa hasta dejarlos brillantes de limpios, o me llevaba a ese pequeño patio inundado de luz dizque para ver bien, y sacaba sus diez yemas aptas para el husmeo y para la cacería, pretendiendo expulgarne por más que me supiera pelona de animales; la cuestión era hacer algo, no importa qué, pero que hubiera ocasión de que su apéndice lingual se entretuviese en el panal de las sílabas, atrapándolas golosamente, como un camaleón, e inmediatamente soltándolas.

Esta compulsión que la traía siempre de arriba para abajo, incesantemente, al grado de que en repetidas ocasiones le imponía la necesidad de hacerse guaje ella misma haciendo que hacía pero no haciendo nada, lo mismo que esa otra necesidad no delegable de estar machaca y machaca las palabras, como si fuesen huesos de víbora que había que moler perfectamente en el metate negro de todo su paladar; estas dos cosas, decía ella, no le venían de herencia sino de agregación, pues que recuerde, nadie de los de su parentela se había distinguido por ser amigo del trabajo, sería porque en esas regiones escaseaba tanto que nadie conseguía uno ni buscándolo con linterna, de tal modo que la frustración colectiva de no encontrar trabajo se volvió, con los años, una estricta norma de convivencia que nadie debía romper si no quería desencadenar en su contra las inclementes furias del pueblo; ahora que, por el lado de lo hablantina, gustaba volver atrás y recordarse que todavía de joven era más bien parca del hablar, no siendo sino conforme avanzaba la madurez de su vida cuando se le empezó a soltar su labia, esa inseparable muy suya hasta el final.

No podrá negarse pues, que debía resultar notablemente contradictorio presenciar su manera de quedarse drásticamente ensimismada, su manera de entrar en las cavernas de la quietud como arrastrada por una succión incontenible y todopoderosa, ella en persona, pero flotando aun, sin embargo, sobre el mismo piso del mismo lavadero, con las mangas arremangadas para no mojarse su largo vestido desteñido, moviendo los mismos brazos con la misma rapidez y eficiencia de siempre, pero callada y absorta de modo que podía decirse que era y que no era, que estaba y no, en fin, verla callada o apenas hablando como estirando las palabras con un deleite y una tensión íntimas, de modo que cuando caían en mis oídos de niña atenta que escuchaba, sonaban pausadamente graves y ausentes, verla y oírla así no puede negarse que sorprendería a cualquiera.

Y luego, después de un rato de estar en neopostura, de verla existir como una tormenta estacionada precisamente entre una y otra de sus contradicciones líquidas, difíciles, también producía extrañeza verla volver en sí toda de cuerpo, regresar a la tierra sin alas y sin espuma etérea, pero de todos modos envuelta en una quietud interior que ahora más bien se diría era una calma parida de victoria, un sosiego tan suyo que dejaba translúcida la cristalina estatura de su serenidad, de su fuerza recóndita.

Me movía a no sé qué sentimiento verle salir desde lo hondo, barajar muy despacio alguna de sus experiencias más ricas, dirigirse a mí con tono de gravedad pero sin que faltara ese grave humorismo que sólo se lo había conocido a ella, y entonces sentirla tomar el tiempo y el espacio como algo que no era definitivo, pues lo verdaderamente definitivo era esa su presencia, limitada, está bien, fugaz, correcto, mas rica en entereza y en dominio de sí, como aquella ocasión en que las reumas y no sólo ellas sino también las punzadas la tuvieron siete semanas en la cama, sin apenas poder moverse y sin poder lavar, es lo peor, tumbada de un aire que le había venido por salir a la calle de repente, después de haber estado toda la tarde con la plancha en la mano, aplasta que vuelve a aplastar las camisas, las faldas, los delantales, la ropa interior, los pantalones, después de toda una tarde de estar chupando arrugas, quién lo pensara, siete semanas de apuros elevados al grado de lo supremo, ni más ni menos, racionando el azúcar y el pan y el apetito infame,

estirando los trozos selectos de tortilla, ahorrando hasta los platos, desgastando directamente del sartén los últimos gramos vivos de frijoles; cuarenta y nueve días son muchos de estar sazonando las redondísimas lentejas con la picosa salsa de los estómagos vacíos, durmiendo con sueños gástricos, peleando de nuevo con el tendero por otro fiado y ninguno más; hay que vivirlo, cuarenta y nueve días viviendo de milagro, cruzando los días con el triperío revuelto y sin ganancia alguna, y de cualquier modo oír a la tía decir: "haremos caldo de piedra", y sigue pues la risa mutua, la risa festiva, el imponderable caldo que no tendría sustancia pero bien que distraía las tripas a punta de puras bocanadas. Ahora que, también puedo recordar su manera de comportarse aquella otra ocasión, cuando empezó a sentirse enferma y la vi caer irremediablemente, pero de tal modo, que en un cerrar de ojos ya no se levantó más; la tía muriéndose y yo sin poder hacer nada, con las orejas cubiertas de lágrimas y mis ojos viéndola hablarme de la vida.



Meubke 1/72.